

«tí, tan sólo porque te amo!» Ah creéis que vuestro corazón resistirá á tanto amor? Vos, Liduvina, amareis á Jesús con toda vuestra alma, y entonces en él y por él, como San Pablo y como todos los santos, amareis vuestras enfermedades, vuestras llagas y todos vuestros padecimientos, y encontrareis la gloria y la felicidad en el padecer. Así, os lo repito otra vez, medita!»

Desde ese día Liduvina se mostró seriamente generosa, y la cruz fué su libro á todas horas, y el calvario su escuela de cada día. Así, muy pronto aprendió de Jesús el alfabeto de la ciencia de los santos. Llegó el tiempo pascual: una mañana su pobre alcoba se revistió del aire de fiesta. El buen sacerdote iba á volver, mas esta vez no venia sólo, sino que Dios venia con él! Todos estaban de rodillas, y la virgen crucificada adoraba con fervor. Cuando el Salvador entró, le dijo el sacerdote con indecible emoción, mostrándole en sus manos la blanca y divina Hostia: «Liduvina, hasta ahora sólo os he hablado de los dolores y del amor del buen Maestro, mas hoy y en este instante él mismo en persona viene á enseñaros. Es el que tanto ha padecido y amado, el crucificado del amor, y es quien viene ahora á visitaros, á consolaros en vuestro lecho de angustia, y á amaros hasta unirse con vos. Ah! abridle bien vuestra alma, escuchad bien la voz de su amor, y él os dirá que si permanecéis y morís con él y como él en la cruz, muy pronto como él y con él resucitareis para la gloria!» Y al punto el sacerdote dióle la adorable Hostia. ¿Qué había pasado entonces? qué había dicho Jesús al corazón de la virgen? porque Liduvina al mismo instante había prorumpido en sollozos; lloró y casi no hizo mas que llorar por muchos días. Dichosa crucificada! esta vez lloraba de amor y de felicidad!

Cumplido estaba, la gracia había triunfado; Liduvina se hizo en poco tiempo una amante apasionada de Dios en la cruz. De día y de noche, á todo instante no veía mas que á Jesús. El día pasaba pronto; las noches no le eran bastante largas, y tantas delicias así encontraba en ocuparse de su crucificado Jesús; cumplido estaba, no mas desolaciones ni quejas. Su estado, es cierto iba empeorando: la corrupción y los gusanos, y los tormentos se multiplicaban . . . mas qué le importaba? ó mas bien, á la corrupción, á los tormentos y á los gusanos llamábalos su alegría, y llegaba hasta pedirle á Dios que se multiplicasen todavía más!

No quisiérais ser curada? le preguntaban—Nó, nó, respondía siempre; aunque no fuese necesario sino una Ave María para obtener este milagro, me guardaría bien de rezarla con este fin. Ah! nó, el no padecer con mi Jesús, me sería el más duro penar!

Dios sea bendito! Los dolores de la tierra, así como las olas del océano, pierden su amargura á medida que van subiendo hacia el cielo!

## CAPITULO VI.

### ESTADO SOBRENATURAL.

*Los sufrimientos se multiplican.—La Princesa Margarita viene con su médico.—Liduvina no come, ni bebe, ni duerme.—Existencia maravillosa.—Se hacen informaciones unas tras otras.—Unos soldados hacen guardia al derredor del lecho de la virgen.—¿Quereis hacernos creer que vivís sin comer?—Proceso verbal.*

UNA vez entrada en este admirable camino, Liduvina avanzó á grandes pasos hacia la perfección. La hu-

mildad, la dulzura, la abnegación, la piedad y todas las virtudes, venían, por decirlo así á agruparse al redor de su angelical paciencia como atraídas por ella, y Dios parecía complacerse en multiplicar en su sierva aquellos padecimientos tan gloriosamente fecundos. Entre tanto, el estado de Liduvina se hacía más y más horroroso. Ningún remedio podía ya destruir los gusanos que la devoraban viva, la putrefacción había hecho tales extragos, que había sido precisa la aplicación de una almohada de lana sobre el vientre á fin de impedir que las entrañas brotasen hacia afuera. Cuando querían moverla necesitaban ligarla con vendas, sobre todo en las espaldas por temor de que su cuerpo se hiciese pedazos. Viendo tantos males sus padres acudieron de nuevo á los recursos de la ciencia, llamando nada menos que al médico de Margarita de Holanda. Esta Princesa deseaba ver á Liduvina, de quien la voz pública refería cosas tan asombrosas. Vino, pues, un día á Squidam trayendo consigo á su Doctor; pero todo fué en vano, porque el habil práctico conociendo que la gangrena estaba en el interior, hizo una ancha incisión, puso fuera todos los intestinos, y separando lo que estaba corrompido, volvió á colocar en su lugar el resto, y declaró á sus cofrades presentes, que al hacer la operación había conocido que los gusanos se formaban en la espina dorsal, añadiendo que nuevas enfermedades iban á venir, y que la paciente se vería muy pronto en absoluta imposibilidad de tomar ningún alimento. Mas allí se detuvo su ciencia, y dejó á la pobre crucificada, muy edificado de su virtud y desolado de su impotencia para curarla.

Varios médicos se presentaban sin ser llamados, la mayor parte con el fin de estudiar tan extraña com-

plicación de males, y algunos con la ingenua persuasión de que conseguirían el curarla. Bien que Liduvina supiese que su estado de sufrimiento era el camino por el cual agradaba á Dios conducirla al cielo, y que todos los remedios serían inútiles, no obstante prestábase á sus experiencias por espíritu de humildad y tierna caridad, no queriendo ni contristar á los que le manifestaban interés, ni escandalizar á nadie pareciendo presuntuosa en contar con una curación por milagro; mas el hecho es que todos esos médicos las más veces no lograban con sus tentativas, mas que multiplicar sus dolores y acrisolar su paciencia.

Como quiera que sea, el mal iba progresando, la fiebre tan violenta que padecía, había tomado un carácter bien extraño, pues unas veces se anunciaba por un frío glacial seguido de intolerables ardores; otras, un frío convulsivo seguía á ese devorante calor, y á todos esos males se añadía una hidropesía excesivamente grave y que no debía cesar jamás: con respecto á los alimentos pronto se realizaron las predicciones del médico de Margarita. Desde el principio de su enfermedad, Liduvina no había podido tomar mas que un poco de manzana cocida y desecada; algunas veces con mucha dificultad tomaba un bocado de pan mojado en leche—más tarde solamente un poco de azúcar ó canela,—y bien pronto ninguna otra cosa más que unos tragos de agua ligeramente envinada, . . . . más al presente fué imposible volver á tomar ningún alimento por el resto de sus días, pues durante los últimos veinte años de su vida no probó absolutamente ninguna comida ni bebida.

Lo mismo sucedió con el sueño, pues no pudo volver á dormir más, aunque es cierto que por algún tiempo tuvo que luchar contra imperiosas tendencias

cada vez que quería hacer oración ó unirse al divino sacrificio; sentía adormecimiento pero no era mas que un lazo del tentador para turbarla. «Dormid, le había dicho su prudente confesor, dormid sin resistencia cuantas veces sintiéreis sueño; dejad entonces vuestros ejercicios espirituales, y después continuadlos.» el sueño no volvió más, pues en treinta años no durmió el espacio de tres noches, y en el mismo tiempo comió lo que hubiera apenas bastado para alimentar á un hombre por tres días.

Así debía prolongarse desde entonces esta vida extraordinaria—en el dolor, el insomnio y la abstinencia total de alimentos, notando que á esta abstinencia se juntaban los accidentes de que hemos hablado. Los vómitos y la pérdida de la sangre eran continuos; los gusanos se alimentaban siempre de esta carne que nada alimentaba, y la putrefacción no cesaba de hacer extragos. Esta putrefacción era muy rara, porque de todas esas llagas y corrupción no salía mal olor ninguno, como lo dicen los historiadores, sino un aroma muy agradable.

Mas detengámonos un instante, porque llegamos á unos hechos maravillosos de un orden superior, y fuera de las leyes ordinarias; vamos á hablar de unos hechos sobrenaturales que á veces encuentran la vacilación y la duda, la sonrisa y tal vez el desden burlador de la incredulidad. Cuando decimos; esa mujer que veis allí postrada en ese lecho no come, y sin embargo vive! veinte años ha que se abstiene totalmente de alimentos, y no obstante cada dia experimenta enormes pérdidas de sangre y padece una horrorosa hidropesía, entonces no faltará quien exclame: «Cómo creer en tal abstinencia y en semejante vida? cuanto nos decís acerca de esto es absolutamente imposible,

y además, es ridículo y absurdo.» Muy bien, convenimos en que lo dicho sería imposible y absurdo, á no ser sobrenatural; no podemos menos de decir, y todos dirán con nosotros: «una de dos: ó esto es una impostura ó es un milagro; no hay término medio.» Mas para averiguarlo quedémosnos al pie de ese lecho, y la verdad va á aparecer ante unas sencillas reflexiones: Los hechos de que se trata son posibles? son reales? En primer lugar, esta abstinencia y esta vida, es decir, los hechos extraordinarios que nos ocupan, son posibles? ó en otros términos: ¿puede Dios hacerlos? Y bien se vé que sentar así la cuestión es ya resolverla, porque ¿quién se atrevería á poner en duda ó á poner límites al poder de Dios? ¿No es su Majestad quien hace salir de las profundidades de la nada y con una sola palabra, torrentes de vida? ¿No es él quien ha creado como en un juego la tierra y los cielos? ¿Y le sería más difícil el conservar una existencia sin alimentos, que el producirla en creándola, es decir haciéndolas de nada? ¿No sería Dios libre para suspender por un momento en los dias fijados en los eternos designios de su sabiduría, las leyes que ha establecido para la vida ó la muerte, y que habría podido á su voluntad reemplazar por otras extremamente opuestas?

El simple buen sentido así lo proclama; pues Dios muy bien puede hacer las cosas inauditas de que hablamos; porque es todopoderoso, y lo quiere algunas veces, porque es bueno, y porque su bondad, para más movernos, le solicita á manifestarse de tiempo en tiempo de un modo tanto más sorprendente cuanto más inusitado. Réstanos pues, solamente comprobar tales hechos.

También, en segundo lugar, esos hechos extraordi-

narios que hemos referido, y que ya reconocemos son posibles, son acaso ciertos? son auténticos? esta es la cuestión; y en seguida notemos, que una impostura nunca es gratuita, no se urde sino en vista de un interés cualquiera. ¿Más qué interés puede sospecharse en la afirmación de una abstinencia total? qué provecho sacar de ello? Ni gloria ni fortuna ciertamente. Extraño medio sería este para llegar á un fin mucho más extraño, sobre todo en una niña cándida é inocente! A esta niña y á sus padres los vemos vivir y morir en la miseria, siempre contentos con su suerte, sin pedir nunca nada, recibiendo poco y dando mucho. Esta pobre niña, busca tan poco la reputación ó el esplendor, que los aplausos le causan temor, y ocultando cuanto puede los prodigios con que Dios la honra, nunca parece tan dichosa como cuando le asaltan los desprecios; y en verdad sus deseos se cumplen, y encuentra más humillaciones que alabanzas, y más que gloria vituperios.

Por otra parte, no bastaba el pretestar la impostura, sino que era necesario sobre todo hacerla pasar, era preciso engañar el día de hoy, el de mañana, y todos los días, durante quince ó veinte años, y á toda clase de personas, lo que no era fácil, sobre todo en cosa tan visible como el comer y el beber. No vayamos á creer en efecto que entonces más que hoy estuviesen las gentes dispuestas á aceptarlo todo sobre la palabra, y sin examinarlo. Entonces como ahora, y como siempre, se observaba, se vigilaba y se reflexionaba; entonces se hizo tanto, y puede ser que aun más de lo que ahora haríamos para tener irrecusables garantías de seguridad y para obtener la mayor certidumbre posible. Sí; sin duda venían muchos á visitar á la admirable enferma con sentimientos de reli-

giosa veneración; más también llegarían no pocos con desconfianza. Si en su aposento se reunían cristianos piadosos, con almas santas y creyentes; pero también al rededor de su lecho no faltaban curiosos, sabios, incrédulos y aún impíos. Sería difícil imaginar con qué hábil malignidad la pobre joven era entonces espiada, interrogada y escudriñada en todos sentidos, lo cual le era un verdadero suplicio, añadido á todos los otros. Mas resignada en esto como en todo, la virgen dejaba hacer y respondía humildemente, juntando cuando era necesario á sus respuestas reflexiones como estas: "Vosotros os admiráis de que no comiendo pierda tanta sangre; más decidme, ya que sois sabios: ¿cómo es que la niña en la primavera sobreabunda de savia, cuando en los días del invierno parecía muerta y desecada? por lo demás añadía, el que creais ó no creais que yo viva sin comer, es cosa de muy poca importancia, con tal que creais que no hay nada en ello que supere al poder de Dios. ¿Qué interés puedo yo tener en afirmar que no cómo? el comer no es un pecado, ni el no comer es honor ó gloria. Yo no puedo negarlo, porque es muy cierto, que Dios me hace vivir sin comer; pero gustosa me abstendría de decirlo si no me lo preguntasen." Mas á pesar de estas respuestas, las preguntas, las investigaciones y las desconfianzas continuaban.

Venían sobre todo, muchos médicos atraídos por el deseo de ver y estudiar: veían en efecto y estudiaban, y después de un examen severo; desconfiado y minucioso tal cual hombres prevenidos podían hacerlo á nombre de la ciencia y del buen sentido, todos se iban siempre confesándose vencidos, y publicando que no podían dar á los hechos que su análisis había averiguado, más que una explicación sobrenatural.

Otros hicieron todavía más. En 1425, Felipe duque

de Borgoña había entrado á la Holanda á la cabeza de un poderoso ejército para sostener sus derechos á la posesión de este principado: al pasar por Squidam dejó en esta ciudad algunas tropas de guarnición: el comandante no tardó en oír hablar de Liduvina; era un oficial francés de alta distinción, hombre recto, enemigo jurado de todo engaño, y tan severo como valiente y cristiano. Los prodigios que le dijeron picaron vivamente su curiosidad; y la idea, sobre todo, de que esta virgen vivía sin comer llamó mucho su atención, y queriendo asegurarse del hecho, como militar acostumbrado á llegar al fin prontamente, desde luego formó su plan, escogió seis de sus mejores soldados, hombres de su confianza, dándoles una consigna detallada y enseñándoles la casa de Liduvina. Estos soldados se presentaron allí como para protegerla, porque la santa ya había sido ultrajada después de la guerra; mas en realidad su misión secreta y esencial era el observar y vigilar á la enferma sin dejar que nadie se le acercase, é impidiendo que llegase á ella ninguna clase de alimento, de día y de noche, viéndola sin cesar. El resultado desde luego sería inevitable: ó el milagro quedaría comprobado, ó la joven forzosamente tendría que confesar su engaño. Mas entonces, pobre de ella! pues un castigo terrible le estaba reservado!

Los soldados llegan pues á casa de Liduvina, comenzando por significar á sus parientes, que tenían que desocupar la casa inmediatamente y hasta nueva orden; después hacen por toda la habitación una pequisa minuciosa, examinando los muebles, la vajilla, los rincones y escondrijos, sin que nada escapase á sus miradas; y hecho esto, todos seis vienen á instalarse en el aposento de la paciente, y vedlos allí haciendo centinela al rededor de aquel pobre lecho.

Una sola mujer estaba autorizada para penetrar algunas veces en la casa y aproximarse á la enferma con el fin de darle los mas indispensables cuidados: mas nunca sin ser previamente registrada con escrupulosa atención, ni sin ser seguida hasta el partir por todas las miradas y hasta en sus mas ligeros movimientos. Singular espectáculo! unos soldados armados haciendo guardia para vigilar á una pobre niña estendida en un lecho, y paralítica de todos sus miembros! Así transcurrieron nueve dias y otras tantas noches, hasta que al fin pidieron gracia los mismos soldados! la prueba había sido bastante larga, ya habían visto una santa, habían tocado como con el dedo un milagro de Dios! Y saludando á Liduvina como se saluda á los ángeles, la suplicaban que orase por ellos, como se les suplica á los escogidos del Cielo, y se fueron á contar por todas partes las maravillas de que habían sido testigos. El honor y el valor rendían así las armas ante la verdad y la virtud!

Tal información debía ser bastante, mas no lo fué; hacíase otra información activa y permanente, que es la peor de todas, la de la curiosidad del vecindario, que en la ciudad como en la aldea, una vez despertada, quiere ser totalmente satisfecha, y que para llegar á saber se levanta temprano y se acuesta bien tarde; que va y viene, y corretea, y espía, y mira, y escucha, y habla, y hace hablar, y afirma insidiosamente el mal como si estuviese de él convencida. "Oh! decían muchas veces las vecinas á la pobre crucificada: vos estais aparentando que vivis sin comer; pero nó, no nos engañais, que bien sabemos lo que haceis á escondidas; sois sólo una diestra engañadora y una linda hipócrita." Liduvina sólo respondía con su heroica dulzura, y esta información del vulgo duró por mucho

tiempo, concluyendo como la precedente, por el homenaje mas glorioso.

Todos, hasta el mismo Cura, tendieron lazos á la virgen, y hasta su confesor llegó á ocultarse furtivamente para juzgar á su penitente por sus propios ojos.

Finalmente, la ciudad entera se conmovió, y quiso ejercerse de tan maravilloso estado, nombrando al efecto una comisión compuesta de los hombres mas honrados de Squidam. El examen fué severo, y el resultado, un brillante triunfo para la verdad. Esto se encuentra consignado en una acta oficial guardada en los archivos de la ciudad, y que aun subsiste, con fecha de 21 de Julio de 1420. La abstinencia total de alimentos, las enormes pérdidas de sangre, las enfermedades sobrenaturales, todo cuanto hemos dicho de Liduvina, se proclama altamente, y nada tan imponente como este testimonio firmado por todos los magistrados de un pueblo, y publicado por todas partes á vista de los contemporáneos que habían juzgado ó que podían todavía ver y juzgar.

Vamos á transcribir aquí en compendio esta pieza de tan grande autoridad. Dice así: Nosotros, magistrados, oficiales, Burgomaestres, Regidores y Consejeros de la Ciudad de Squidam, en el Ducado de Holanda, á todos los que las presentes vieren, salud y conocimiento de la verdad:

«Persuadidos de que siempre es un derecho y muchas veces un deber el manifestar, afirmar y certificar toda evidente verdad, sobre todo cuando es en ella en donde deben resplandecer la honra y gloria de Dios;

«Nosotros manifestamos y publicamos, afirmamos y certificamos las cosas maravillosas é inauditas que se han cumplido y se cumplen aun en nuestra sobredicha ciudad, en la persona de la virgen Liduvina, hija

de Pedro. Afirmamos pues, y certificamos por este escrito: 1º, que hace veinte años que la dicha Liduvina está recostada en su lecho padeciendo horribles tormentos; 2º, que durante los tres primeros años de su enfermedad no tomó por todo alimento mas que un poquito de manzana cocida, y muy pocas veces un bocado de pan mojado en leche; 3º, que durante los tres años siguientes, se ha limitado á una poca de agua teñida de vino con un poco de azúcar ó canela; 4º, que, al fin, después, y hace siete años no ha tomado ni toma absolutamente ningún alimento ni ninguna bebida; 5º, que en el transcurso de estos veinte y tres años, y solamente al principio ha dormido apenas el tiempo de dos noches; 6º, que han sacado de su cuerpo una parte de sus intestinos; 7º, que está llena de horribles llagas en las que se multiplican los gusanos sin que se exhale de ellas ningún olor desagradable; 8º, que en tiempo en que podía aun moverse, era necesario ligar los miembros de su cuerpo para impedir que se separasen; 9º, que hace siete años que está recostada sobre la espalda, inmóvil como un cadáver; 10º, que pierde frecuentemente gran cantidad de sangre por la nariz, la boca, oídos y ojos, lo cual que es inexplicable, pues que no toma ningún alimento; 11º, que de tres en tres dias la ataca una fiebre atroz que comienza con un calor intolerable, y termina con frio glacial, y que siempre al terminar, deja á la paciente por diez ó doce horas casi sin vida; 12º, que su vientre está de tal modo desbaratado por la putrefacción que es preciso hacer uso de una almohada para retenerle las entrañas, etc., etc.

«En testimonio de lo cual nosotros los Magistrados de Squidam, bien informados y testigos oculares, hemos escrito las presentes.

"Hecho, firmado y sellado con nuestro sello en Squidam á los 21 de Julio, del año del Señor 1420."  
—Siguen las firmas.

Dejemos pasar tranquilamente los malos juicios de los hombres; que un dia ú otro se levantará la verdad como el sol del Señor!

## CAPITULO VII.

### NUEVAS PRUEBAS.

*Sensible muerte de la madre de Liduvina.—La virgen aumenta su fervor.—El cilicio, un lecho de paja, un invierno terrible.—Al anciano Pedro hiélasele un pie.—El conde de Holanda le señala una pensión de doce escudos.—El lecho de paja se quema.*

EN medio de tantos sufrimientos de todas clases, á lo menos Liduvina contaba con su madre; Petronila estaba cerca de ella á su cabecera, prodigándole los cuidados mas afectuosos, de dia y de noche. Y es cosa bien sabida que no hay otra mano tan lijera y tan suave para curar las llagas y para embalsamar los dolores, como la mano de una madre!

Mas Petronila había llegado ya á una edad avanzada, y sus fuerzas disminuian de dia en dia. Llegó la hora en que ya no pudo sobreponerse, y fué necesario ceder y caer postrada en el lecho, cerca de Liduvina. El momento supremo había llegado para la buena mujer!

Ya hemos dicho en otra parte, que Petronila era una digna y piadosa matrona, cuya vida entera había sido una vida de fé seria y activa, y por consiguiente de honor cristiano y de santa resignación. Mas al frente de la muerte y al dintel de la eternidad, cuando el alma comienza á entrever al soberano Juez, ¿quién se siente bastante fuerte, bastante puro para resistir sus miradas sin sentir el no haber vivido mejor? Petronila estaba llena de temores, pues la humilde mujer se reprochaba las vanidades de su juventud y algunas otras faltas; acusábase sobre todo de haber perdido ó empleado mal el tiempo tan precioso; y un dia que estos recuerdos afligían mas vivamente su alma, no pudo dejar de ponerse á llorar. "Oh! decía sollozando: yo voy á morir, y Dios me es testigo de que no tengo ningún apego á esta vida; pero el morir con tantas faltas y sin ningún mérito que presentar á mi Juez, esto es en verdad lo que me espanta." Después, haciendo un esfuerzo para levantarse en su lecho, y volviéndose hácia su hija: "oh mi amada Liduvina, le decía la pobre mujer con voz desgarradora, oh hija mia, oh tú á quien he dado la vida y alimentado con tanto amor en mi regazo, ¿no intercederás tú por mí? oh sí! prométeme que intercederás en mi favor, y entonces moriré llena de alegría!"

Liduvina lloraba al oír hablar así á su madre, su corazón estaba lleno de compasión, y los sollozos le impedían responder; mas no obstante, logrando dominarse, exclamó: "sí, madre mia, sí, yo os lo juro, que haré con gusto todo lo que me pidieréis; mas os suplico que no os alarmeis tanto: acordaos que Jesucristo es ménos nuestro juez que nuestro dulce y misericordioso Salvador, á quien la confianza honra y ante el cual una lágrima de arrepentimiento todo lo borra!"

Por lo demás, oh mi tierna madre! para suplir al bien que creis no haber hecho, si quereis las pobres obras que ayudada de la gracia he hecho yo: mis sufrimientos, mis ayunos, mis insomnios, mis oraciones y todos mis méritos por pequeños que sean, con toda mi alma y en cuanto puedo, os lo cedo, con la condición de que os arrojareis con gran confianza en los brazos del Señor que puede y quiere salvaros." A estas palabras la dichosa madre levantó las manos al cielo, vióselas orar con gran fervor dando gracias á Dios de la rica herencia en cuya posesión entraba, y diciéndole como el anciano Simeón: "Ahora, Señor, podeis llamarme á vos, porque ya puedo morir en paz." Y sonriendo de esperanza entregó su alma á Dios. Petronila murió al lado y bajo las miradas de su hija, de aquella pobre mártir condenada á todo género de suplicios, y que no pudo ni aun depositar en los labios de su madre el último beso!

Esta muerte vino á formar época en la vida espiritual de Liduvina, la cual, como si hubiese perdido todos sus méritos por la aplicación que de ellos había hecho á su madre, se puso á comenzar de nuevo. Hasta allí, según le parecía, no había sido ni muy pobre ni bastante crucificada; y en consecuencia, hizo vender una ó dos alhajas y algunos muebles que su madre le había dejado, haciendo con su precio dos partes: con la una compró un cinto grueso de crines, esto es un horroroso cilicio que se ciñó en los riñones, cuyas carnes podridas caían á pedazos, y aunque de la otra, hubieran querido que dejase una pequeña reserva para sus propias necesidades, no fué esta su voluntad, sino que la dió toda á los pobres! Le quedaba por toda comodidad el lecho en que estaba recostada, y aun le pareció, según se explicaba, un lecho sumamente

delicado. "¡Qué, decía, yo estar en un lecho de plumas, mientras Nuestro Señor en Belen dormía en un poco de heno y su augusta Madre en la tierra desnuda? esto es intolerable! Por favor, pues, quitadme de este lecho, yo no quiero de hoy en adelante descansar mas que en sola paja." Fué preciso obedecerla, mas ese cambio no pudo hacerse sin una cruel operación, pues como los lienzos medio podridos se habían pegado á las llagas, fué preciso para desprenderlos arrancar las carnes vivas, y á este precio pudo mudarse al duro y grosero lecho de paja en el que debía pasar el resto de su vida, sin bajar jamás de él un sólo instante, condenada á una perpetua inmovilidad y á un insomnio sin tregua!

Llegó entre tanto el invierno, y parece que Dios se complacía en dar gusto á Liduvina á la que tanto amaba, con nuevos sufrimientos: porque el invierno en este año fué excesivamente largo y riguroso, y nadie se acordaba haber visto otro semejante. He allí pues, á nuestra virgen, atravesando esa terrible estación en un aposento bajo y húmedo, casi semejante al establo de Belen, acostada como el Niño Jesús en un poco de paja, con una pobreza casi próxima á la desnudez, con un frio fenomenal, y privada de fuego, cuando la hidropesía y tantas llagas causaban en todos sus miembros una sensibilidad inaudita! Sin duda en otros tiempos no la hubieran dejado permanecer en estado tan horroroso; pero Dios tenía en ello sus designios. Los visitantes en esa época eran raros, y la caridad se había resfriado singularmente; Dios quería que la santa se viese abandonada y desprovista de todo recurso, y así el frio ejercía en ella todos sus rigores, y las lágrimas se congelaban en sus ojos á tal grado, que era necesario acercar fuego para despegar sus párp-

dos, y mas de una vez la encontraron helada y rígida como si fuese un tronco; estado horroroso, peor que la muerte, estado imposible, si el Salvador que quería tener una esposa glorificada por todos los dolores, no la hubiese milagrosamente conservado en él! Mas en este mismo invierno debía su Majestad someterla á una prueba muy cruel. Su padre ejercía el oficio de guarda nocturno en Squidam, y gracias á este empleo, por anciano que fuese, no carecía de lo necesario: pero una noche de este invierno terrible el frio fué tan extraordinario, que á la mañana siguiente algunas personas conducían al anciano á su casa. . . . con un pie enteramente helado!

Liduvina se affigió tanto por los sufrimientos de su padre, como por la pérdida de su empleo y la indigencia absoluta que le amenazaba. Por fortuna en esos mismos dias el Conde Guillermo de Holanda tuvo que venir á Squidam, y sabiendo la desgracia y la angustia de Pedro, quiso verle: «Buen anciano, le dijo, ya sé vuestro infortunio, y haceis mal en no decírmelo... por lo menos en consideración á vuestra santa hija, me permitiréis haceros algún bien. Decidme ¿qué cantidad necesitaríais para una pensión que os ponga al abrigo de la indigencia?—Oh generoso Príncipe, respondió el anciano, yo siempre he sido pobre, y no deseo saber lo que es la abundancia. . . . creo que con doce escudos me sería bastante. Pues bien! dijo el Conde, lleno de admiración al ver la noble simplicidad de ese desinterés; que sea: doce escudos os serán entregados en este instante, y cada año se os dará regularmente igual cantidad; mas me parece esto muy poco para vivir, y como no quiero que esteis en la miseria, si es necesario, doblaré esa suma, para lo cual sólo tendreis que decir una palabra.

Asegurado de su porvenir, Pedro se hizo mas fervoroso: la oración, en la cual nunca olvidaba á su bienhechor! y los ejercicios piadosos formaban toda su ocupación y su alegría.

A pesar de estar tan débil, y además, casi ciego, se le veía cada mañana ir vacilante y apoyado en su bastón, á oír la Misa á la iglesia parroquial, y casi siempre el venerable anciano hallaba algo que dar á los pobres de las economías que su caridad sabía hacer de su modesta pensión!

En esta misma época tuvo lugar un acontecimiento que pudo poner fin á la vida de Liduvina de un modo espantoso. Una tarde, uno de sus hermanos, que estaba solo en la casa, encendió una vela para vacar á sus ocupaciones; mas después teniendo que salir, puso la vela á distancia en un mueble, detrás de la cabeza de su hermana, para que la luz no la incomodase. ¿Qué accidente había tenido lugar después de su partida? Dios sólo lo sabe; lo cierto es que la vela cayó contra el lecho de paja y prendió luego el fuego; Liduvina ocupada en meditar no percibió nada de lo que pasaba, muy pronto el fuego siguió avanzando; la llama chisporrotea. . . . y repentinamente se encuentra en medio de un incendio. . . . Qué podía hacer entonces? en vano llama. . . . su voz se pierde en la horrorosa soledad! La santa no puede huir, pues se halla inmóvil como un cadáver! no tiene mas que un miembro un poco libre, que es el brazo izquierdo. . . . más qué podrá hacer con sólo él? Sin embargo extiende la mano; toma con ella, y aprieta la paja encendida. . . . Dios estaba con ella y apaga todo el fuego! . . . Poco después volvieron sus parientes; y cuál fué su espanto al encontrar la mitad del lecho reducido á cenizas! Ellos, y los vecinos, y los amigos, todos reco-

nocieron la obra de Dios, pues el brazo de la virgen no tenía ni una ligera quemadura!

El alma cristiana es como el oro, que cuanto más lo prueba el fuego de las tribulaciones, tanto más resplandece su brillo.

## CAPITULO VIII.

### LOS ÁNGELES.

*Liduvina es consolada.—Su ángel custodio.—La virgen lo mira.—Tiernas conversaciones.—Otros ángeles acuden.—Un feliz miércoles de Ceniza.—El gozoso festín, el espantoso incendio y el milagroso bastón.—Oh! yo también quería ver á vuestro ángel!*

Así se iban pasando los años sin traer otro cambio en la triste situación de Liduvina que un lamentable aumento de males. Mas es justo, y ya es tiempo de decirlo: el Señor que hacía llover el maná á los pasos de su pueblo en el desierto, el Dios siempre fiel, la sostenía en el rudo camino por donde la había conducido, comunicándole con amorosa liberalidad el pan de las celestiales consolaciones.

En efecto, el alma de Liduvina sobreabundaba habitualmente en inefables alegrías. "Es cierto (decía algunas veces cuando la preguntaban) sí; yo lo confieso, de la mesa de mi Señor caen migajas que yo no merezco, delicias que embriagan de dicha á la pobre Cananea, y sin las cuales no podría dejar de morir! Ah! en viendo mis llagas me juzgais muy desgraciada! mas

es porque sólo veis la cruz que llevo; que si percibiérais la mano divina que me aligera la carga, si pudiéseis ver la unción interior que me consuela, ciertamente que me tendríais envidia. . . . nó, nó; yo no cambiaría mis dolores y mis llagas por todos vuestros placeres y alegrías!" Y era muy cierto cuanto decía la dichosa crucificada; por eso su tristeza era grande cuando le faltaban esas consolaciones. Entonces veíasela deshacerse en lágrimas: "Dios mio! exclamaba, doblad mis padecimientos tanto cuanto os agradare, multiplicad mis tormentos, pero no os alejéis vos! no me ocultéis vuestro rostro adorable!" Y de hecho, para acrecentar sus méritos con su amor, el Señor de tiempo en tiempo parecía abandonarla; Jesucristo no hablaba mas á su corazón; y á las divinas caricias, sucedían las frialdades de la mas horrible ausencia. El buen Maestro hacía como la madre que se oculta un instante para conocer el amor que le tiene su tierno niño.

Aun cuando la santa era probada de esta suerte, no le quitaba Dios todos los consuelos, pues encontraba en su piedad mil recursos, con los cuales, le venían aun dulces goces del cielo. Contaba sobre todo con un admirable recurso del que no podemos dejar de hablar, y al que acudía siempre sin que jamás le faltase; este era su devoción al Angel custodio, á quien honraba con tal fervor, que Dios se complacía en recompensarlo por las mas admirables comunicaciones. Cuando llegaban, pues, sus amorosas tristezas, se dirigía á su buen ángel, llamándole con la sencillez de una niña, y oh tierna maravilla! el ángel acudía luego y se le mostraba visiblemente; entonces la santa le daba los nombres mas dulces, le hablaba como se le habla á un amigo en cuyo corazón se descansa; le contaba sus tristezas, sus esperanzas, sus deseos y su amor para